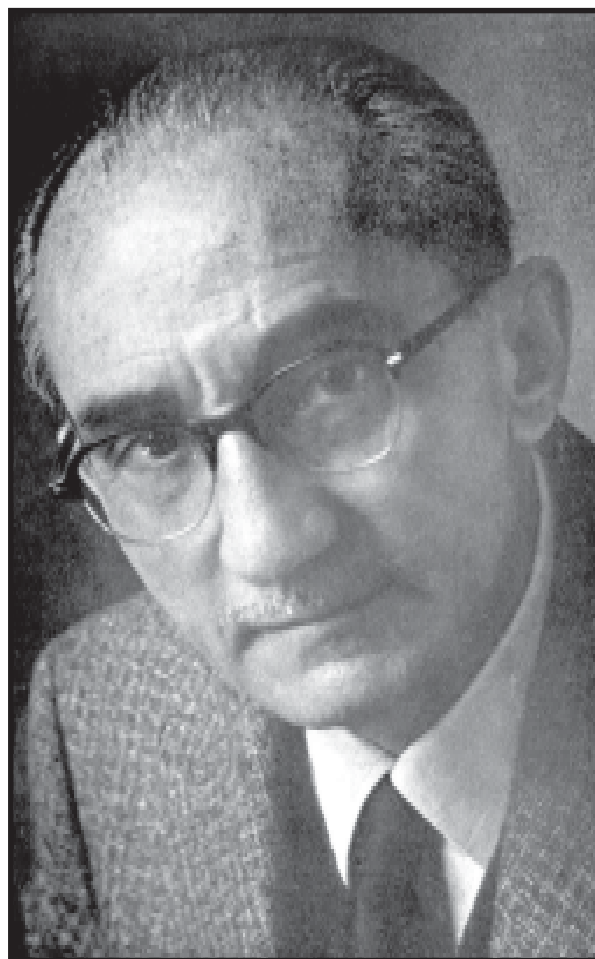


**E**N JUNIO DE 1950, DURANTE EL período presidencial de Carlos Prío, marcado ya por la disolución de las grandes esperanzas de crecimiento en la democracia, una voz, desde el Circuito CMQ de Radiocentro, convertido en Universidad del Aire, advertía: “Si hubiese que definir ahora en una sola palabra el ideal de hoy, yo diría que consiste en hacer de Cuba una entidad histórica *trascendente*. Con la patria no basta: cualquier país puede ser una patria. Con la república no basta: la república no es más que una forma. Cuando una forma semejante se ha llenado de sustancia espiritual y social, cuando se ha integrado y solidarizado cabalmente de modo que no haya vacíos ni tensiones en ella, cuando no sólo se siente vivir en sus recuerdos, sino también en su voluntad creadora de futuro, esa entidad histórica ha alcanzado dignidad de nación.



# JORGE

por Roberto  
MÉNDEZ MARTÍNEZ\*

# MAÑACH

*cultura y destino nacional*

s e g m e n t o

# se g m e n t o

Nosotros queremos una Cuba que no sólo *sea*, sino que *trascienda* en el espacio y en el tiempo. Una Cuba cuya resonancia se asocie a algo más que el azúcar y el tabaco –placeres de sobremesa– y a la fama frívola de sus gentes simpáticas y de sus nocturnidades livianas. Queremos una Cuba con peso específico en el mundo. Ya que no pueda nunca ser poderosa, que sea al menos *prestigiosa*, con ese prestigio de desarrollo espiritual, material y técnico, de sanidad en las costumbres dominantes y de esmero en la cultura, con que trasciendan al mundo pueblos aún más pequeños que el nuestro, como Bélgica, Suiza, Holanda, algunos países escandinavos y hasta el Uruguay hispanoamericano.”<sup>1</sup>

Quien ponía tan ardiente fe en el destino de Cuba era Jorge Mañach, cuya existencia, desde los inicios de la tercera década del siglo XX estuvo estrechamente ligada a la vida pública de la Isla. Severo crítico del gobierno de Alfredo Zayas, participó en la Protesta de los Trece, fundador y miembro activo del Grupo Minorista, defendió el “arte nuevo” y la renovación del pensamiento nacional desde las páginas de la *Revista de Avance* de la que fue codirector. Contrario a la dictadura machadista, fundó un partido, el ABC, en el que se mezclaban la oposición política y la acción conspirativa. Fue Secretario de Educación durante la presidencia de Mendieta y delegado a la Constituyente de 1940, allí formó parte de la Comisión de Estilo que redactó la Carta Magna. A pesar de todo esto, le quedó tiempo para ser catedrático de Filosofía de la Universidad de la Habana, profesor invitado de varios altos centros de estudios de Estados Unidos, periodista sistemático, amigo de la polémica y estudioso ferviente del legado martiano hasta el punto que

su biografía *Martí, el apóstol* ha llegado a convertirse en paradigmática. No puede escribirse la historia de la cultura cubana sin tener en cuenta los aportes de Jorge Mañach.

En 1925, el joven minorista, dictó desde la tribuna de la Sociedad Económica de Amigos del País una conferencia cuyo propio título era una provocación: “La crisis de la alta cultura en Cuba”. En ella, según decía, procuraba evadir las dos posiciones que consideraba habituales a la hora de evaluar los problemas nacionales: “el narcisismo inerte y la estéril negación propia”<sup>2</sup>, para sustituirlas por “la fría prosopopeya del investigador analítico” como premisa para llegar a un optimismo justificado porque como aclara: “Nuestro optimismo ha de ser el genuino, que se refiere siempre al futuro; el optimismo que se refiere al presente no es sino conformismo”<sup>3</sup>. Señala el escritor –seguramente ante un auditorio ya bastante alarmado y sacado de cierta modorra académica– que: “Tanto respecto del pasado como con relación al porvenir, nuestra alta cultura se encuentra actualmente en un instante crítico”<sup>4</sup>. Diferencia – y esto es especialmente digno de atención– la instrucción, la educación, de la alta cultura:

“La instrucción pública es, pues, una función *extensa*, de índole democrática. La alta cultura, por el contrario, es una gestión *intensa* –un conglomerado de esfuerzos individuales, especiales y tácitamente co-orientados– que crea una suerte de aristocracia. Por la instrucción los pueblos se organizan; sólo logran, empero, revelar su potencialidad espiritual mediante ese cúmulo de superiores aspiraciones y de abnegadas disciplinas que constituyen la alta cultura.”<sup>5</sup>

Mañach entiende por cultura, pues, no el nivel de instrucción general del

pueblo, sino algo más estructurado y profundo: “un agregado de aportes intelectuales numerosos, orientados hacia un mismo ideal y respaldados por un estado de ánimo popular que los reconoce, aprecia y estimula”<sup>6</sup>. Por tanto, son para él pueblos cultos aquellos en los que una minoría de científicos, pensadores, artistas trabajan en un empeño, en una voluntad común y gozan por ello de la estimación y el respeto popular, perspectiva que de ningún modo encontraba en el panorama cubano.

Con el auxilio de la ciencia histórica, el conferencista dividió la evolución de la cultura cubana en cuatro grandes fases: la *pasiva*, extendida desde los orígenes coloniales hasta 1820, la *especulativa*, marcada por el ascenso de preocupaciones intelectuales y patrióticas, en el breve período desde 1820 a 1868; la *ejecutiva*, cubierta por las dos guerras de independencia y por último la *adquisitiva*, que ocuparía las dos décadas de vida republicana ya transcurridas. Más allá de lo que pueda haber de forzado en esta clasificación, como en cualquier otro intento de reducir la historia a períodos abstractos, e inclusive a sus juicios poco acertados sobre figuras como José Agustín Caballero y Francisco de Arango y Parreño, a quienes conocerá mejor años después, sus conclusiones esenciales son interesantes, en primer lugar, durante las dos primeras etapas: “la instrucción se desarrolla entre nosotros lenta, y por así decir, horizontalmente, la cultura, en cambio, fuera de toda correlación, describe una trayectoria ascendente que alcanza su nivel máximo en la época inmediatamente anterior a las guerras de independencia”<sup>7</sup>; esto último debe atribuirse no a la calidad de la enseñanza del período sino sobre todo a la presencia de una serie de figuras excepcionales: Domingo Del Monte, Félix Varela, José Antonio Saco y José de la Luz y Caballero. Pero el inicio de la guerra de independencia – y esto es polémico, pero atendible -: “al destruir la unidad espiritual de la cultura,

desterró de entre nosotros la contemplación, nodriza perenne del saber, y nos conquistó la dignidad política a cambio del estancamiento intelectual”<sup>8</sup>, lo que explica, mirando el período republicano ya recorrido con la conclusión de que: “Una revolución política que triunfa trae consigo, fatalmente al parecer, un período sucesivo de apatía, de indigencia ideológica y de privanza de los apetitos sobre el ideal.”<sup>9</sup> A su juicio, el gran defecto de la alborada republicana fue el que: “No se comprendió la necesidad urgente de buscar un contenido trascendental para la patria meramente política que acababa de ganarse”<sup>10</sup>. La gran misión de su vida será precisamente la búsqueda de este sentido trascendente de la cultura cubana, el único capaz de convertir a la Isla que ya es patria y nacionalidad, en una Nación.

De este “pecado original” derivarían el auge de la codicia, el desorden, la falta de grandes aspiraciones e ideales y sobre todo el corrosivo “choteo”. Con agudo bisturí, disecciona el orador el panorama nacional para constatar la falta casi absoluta de producción intelectual desinteresada, la desaparición del hombre enciclopédico, versado en múltiples ramas del saber, la depauperación del nivel de las conversaciones y la decadencia de la antigua visión culta del Derecho —“ya no se producen abogados sabios: sólo se dan abogados *listos*”<sup>11</sup>— así como la desaparición del pedagogo como mentor, a la manera de Varela y Luz, o del orador que recoja la tradición que viene de Cortina, Montoro, Martí, para no hablar ya del periodismo o de la afición a las bellas letras. En fin:

“Así como en la política se entronizaron hábitos de incautación, de consulta insuficiencia y de favoritismo, convirtiendo la cosa pública en tesoro de todos y revistiendo al gobernante de una sonreída inmunidad, así también se desvalorizaron todas las demás funciones: fue catedrático quien quiso, periodista quien lo osó, intelectual



el primer advenedizo capaz de perpetrar un libro, de pulsar una lira clarinesca o allanar una Academia.”<sup>12</sup>

Las causas de esta crisis fueron divididas por Mañach en tres tipos: causas individuales, causas orgánicas y causas sociales. Entre ellas apunta: el carácter “frívolo, actualista, e imprevisor” del cubano, su versatilidad excesiva que le lleva a disipar las energías en múltiples sentidos, sin concretar nada, la sustitución frecuente del estudio profundo por la confianza en las rápidas intuiciones y la continua tentación del “gozar de la vida”, agravada esta última por lo que él llama, con cierta exageración “la inelencencia de nuestro clima” (“Ningún gran sistema filosófico ha sido compuesto a 76 grados Fahrenheit, que es nuestra temperatura media”<sup>13</sup>). Todo esto se agrava a nivel social por la falta de rigor crítico, de cooperación y por el rechazo popular de la labor de las minorías.

A pesar de todo esto, confía Mañach en que una vez conocidos los males pueda ponerse remedio a ellos y con voz profética avizora:

“Cuba sólo podrá ser grande algún día, como lo es Bélgica, como lo es Suiza, porque se haya convertido en un centro de rica producción intelectual. En la más abierta sociedad, ningún individuo goza de tanto respeto y prestigio como el hombre sabio; así también, a ningún pueblo le protege tanto la conciencia internacional como a aquel que ha sabido hacer de sí mismo un foco indispensable de superior cultura.”<sup>14</sup>

Desde el siglo XIX, tanto ciertos viajeros como figuras del patio habían

procurado analizar el carácter de los habitantes de la Isla y mostrado preocupación o desprecio por uno de sus rasgos: la tendencia a burlarse, de manera más o menos superficial, de todo o casi todo. Fernando Ortiz, en los tempranos artículos que recogiera en su volumen *Entre cubanos, ensayos de Psicología tropical*, iba a insistir en este aspecto, pero sólo Mañach, en una conferencia de 1928, luego enmendada y publicada como ensayo bajo el título *Indagación del choteo*, tomaría el toro por los cuernos.

El choteo, señala él, es no tomar en serio “nada de lo que generalmente se tiene por serio”<sup>15</sup>, salvo en el caso en que el asunto pueda dañar al mismo chistoso:

“Durante un ciclón pude ver cómo unos vecinos hacían jácara de los estragos hasta que un rafagazo les voló el techo de su propia casa. No de otra suerte el choteo mantiene sistemáticamente su actitud hacia todas las cosas tenidas por serias mientras no llegan a afectarle de un modo tal que haga psicológicamente imposible el ‘chotearlas’.”<sup>16</sup>

Tras esta “jácara” descubre el ensayista un motivo fundamental: la repugnancia a toda autoridad o más allá “la ausencia del sentido de la autoridad”, a causa de la falta de educación, de sensibilidad que impide apreciar cualquier sublimidad. En el choteo están siempre entrañados los elementos del desorden, en la medida en que implica una negación de toda jerarquía, derivado al menos en primera instancia de

un deseo de familiaridad con el ambiente, una tendencia niveladora, a la que se ha llamado también “parejería”; detrás de todo esto se encuentra a veces una burla de la misma cualidad que el sujeto admira, hecha en una forma desvaloradora que parece dictada por el resentimiento. No confunde el autor choteo con humor criollo o gracia, lo ve no en el ingenio ágil, sino en la burla impresionista y externa. A partir de aquí, caracteriza fallas que aprecia en el carácter cubano, entre ellas, la falta de profundidad:

“En otras palabras, nuestra mentalidad media carece del sentido de la tercera dimensión – la dimensión de profundidad. Vemos las cosas en contornos más que en relieves. Las implicaciones más hondas, los alcances más lejanos, se nos escapan casi siempre. De ahí que toda la vida se nos convierta un poco en escenografía, que a nada reconocamos suficiente realidad para tomarlo en serio ni bastante importancia para darnos a ello por entero.”<sup>17</sup>

No deja de tener en cuenta rasgos tan variados y contrapuestos como la liberalidad, el hedonismo, la susceptibilidad al halago, el indiferentismo ante las empresas de cierta trascendencia, para detenerse en un rasgo especial: la independencia.

“El cubano generalmente se contenta con que no lo molesten. La libertad en abstracto le tiene sin cuidado con tal de que no llegue a afectar su personal albedrío. Permanece insensible y hasta aquiescente a las arrogaciones y a los rigores excesivos de la autoridad mientras no siente en lo vivo de sí mismo la lastimadura. Somos, como ya observó de los españoles Ortega y Gasset, más sensibles a la violación del fuero privado que a la del público, y no nos decidimos a la protesta sino cuando el exceso de dominio coarta la personal independencia.”<sup>18</sup>

Por esta razón el cubano parece querer abolir toda jerarquía y poner todas las cosas en un mismo plano de confianza. A esto se añade un razonamiento histórico: si durante la etapa independentista, la represión española y aún el propio espectáculo de la situación del país, inhibieron la alegría superficial, el advenimiento de la República, con su rápida restauración económica creó una atmósfera propicia a la improvisación en todos los órdenes: en la política, en las cátedras,

*“CUBA  
SÓLO PODRÁ SER GRANDE  
ALGÚN DÍA,  
COMO LO ES BÉLGICA,  
COMO LO ES SUIZA,  
PORQUE SE HAYA  
CONVERTIDO  
EN UN CENTRO  
DE RICA PRODUCCIÓN  
INTELLECTUAL”.*

en el periodismo, los arribistas hicieron todo tipo de desafueros y frente a toda esa falsedad vino la quiebra del respeto y con ella toda la chocarrería. De ahí que pueda precisar: “Más que una tendencia inmanente de nuestro carácter, éste es el resultado de una determinada experiencia colectiva”<sup>19</sup>. Esto debía tener una consecuencia axiológica: los valores son tomados por el cubano con una levedad alarmante:

“La falta de penetración honda, de sentido de profundidad y lejanía, le priva muchas veces al cubano de apreciar al primer golpe de vista (que es generalmente el único que cultiva) la trascendencia o las implicaciones de un hecho cualquiera. De aquí que todos los valores tengan que acusarse muy fuertemente con una gran soli-

dez y rotundidad, para que el cubano medio los calibre. Pero entonces nadie los respeta más, aunque no los acate ni se ponga al servicio de ellos.”<sup>20</sup>

Terrible constatación esta de la relación del cubano con los valores, sólo respetados cuando se presentan de modo casi aplastante, pero con un respeto que no incluye ni acatamiento ni servicio, sino simple reconocimiento formal. Junto al choteo, esta vaciedad axiológica ha sido el más constante defecto del carácter nacional, agravada por el carácter simulador de esta actitud, tan cercana a lo que el Padre Varela llamara “máscaras políticas” y agravada por cada una de las convulsiones que ha sufrido el país, sin que la labor de políticos, religiosos, pensadores, haya podido corregirla en lo esencial.

¿Es transitorio el choteo? Así lo creía Mañach en 1955, cuando revisaba la tercera edición del ensayo, la revolución antimachadista parecía haber *dramatizado* al cubano, ciertas reformas en la vida pública, cierta profundización en la cultura daban la impresión de

haber ido civilizando al pueblo y disminuyendo esta lacra. Mas el autor pecó de optimismo, leído el ensayo en pleno año 2000, conserva toda su alarmante actualidad, por la impronta que deja – sin perspectivas de que desaparezca por ahora – en la cultura cubana y más aún en la continua búsqueda de definición de la nación. La invitación del maestro permanece: “Ha llegado la hora de ser críticamente alegres, disciplinadamente audaces, conscientemente irrespetuosos.”<sup>21</sup> Pero tan paradójica formulación sigue resultando muy difícil en la práctica cotidiana.

En su discurso de ingreso a la Academia Cubana de Historia, publicado luego, en 1944, en el volumen *Historia y estilo*, bajo el título de “La nación y la formación histórica”, Mañach

lanzó una afirmación inquietante: Cuba aún no es una nación; la tesis –que motivó, como casi todos sus juicios, vivas contradicciones y contó, desde el mismo momento en que fue pronunciada con el criterio adverso de Emeterio Santovenia y otros autores más o menos consagrados– se apoyaba en un análisis de las “designaciones” de la Isla, desde las muy tempranas de Juana y Fernandina, pasando por la geográficamente restrictiva de La Habana, para alcanzar en el siglo XVIII la más ilustrada de “el País”, hasta que en el siglo XIX transita desde “la Isla” de los románticos hasta “la Patria” de los independentistas, consolidada por la prédica martiana de la revolución “con todos y para el bien de todos”:

“Quedó entonces Cuba lista efectivamente para lograr la Nación, que es cosa muy distinta de la mera nacionalidad jurídica. Pero la insustanciación económica y social de la Independencia por un lado, y por otro el platismo, que dejó como intervenida por voluntad ajena la aspiración de la conciencia cubana, se combinaron para que lo meramente formal y jurídico prevaleciera. Durante los primeros treinta años de soberanía, sólo por excepción significativa (Sanguily, Juan Gualberto Gómez, Márquez Sterling) se invoca en Cuba a la Nación. Sólo se habla de “la República”: de la forma, no de la sustancia; de la ley, no de la vida; de lo convencional, no de lo real. Se repitió en nuestra tierra, lo que con tanta insistencia había advertido Martí al enjuiciar la independencia en otras zonas de la América nuestra: “la colonia continuó viviendo en la República”. Y no se le ocultó al juicio más sincero que todo había venido a parar aquí en una mera figuración de himno y bandera, sin independencia vital efectiva. Economía precaria y de mando ajeno, tierra en fuga; moneda y banca extranjeras; españolidad enquistada y cubanidad en derrota; cultura perezosa y mimética; política vacía de sensibilidad social; conato de Estado en una patria sin nación.”<sup>22</sup>

En la sección final del discurso, titulada “Perspectiva”, Mañach hace gala de nuevo de su optimismo, reconoce que “las fuerzas instintivas y espontáneas que sin cesar trabajan en el seno social van adelantando, aunque no lo quisiéramos, nuestra solidaridad de pueblo”<sup>23</sup>, por otra parte espera que el fin de la Segunda Guerra Mundial, traiga consigo un esclarecimiento de las polémicas sobre la emancipación del hombre y despejado el panorama de ideologías totalitarias que subordinan el individuo a la colectividad, crezca en Cuba y en todo el mundo una estricta vocación de nación:

“No dejaremos, pues, que nos aparten de nuestro camino las consignas falsamente humanistas que predicán la negación de las nacionalidades –y la van minando de hecho– so pretexto de supuestas exigencias de la solidaridad universal. Tanto valdría pretender acabar con las personalidades en aras de lo humano. El mundo del futuro tiene que ser una coordinación de personas, no de meros individuos. Una vez más, el deber de Cuba coincide con la vocación del mundo.”<sup>24</sup>

En 1949, Mañach polemizó con otra figura clave de la cultura cubana: José Lezama Lima, desde las páginas de la revista *Bohemia*. Si bien la polémica parecía tener carácter exclusivamente literario y a lo sumo estético, pues lo puesto en tela de juicio era la validez o no de las poéticas que confluían en la revista *Orígenes*, de manera subyacente había algo de mayor alcance: dos visiones de la cultura y dos visiones del papel intelectual en la sociedad se enfrentaban. Si Lezama, ante el panorama hostil de la República, defiende la literatura – y el cultivo del pensamiento en general– como un ejercicio “secreto” que permitirá llegar hasta las

esencias de lo cubano e influir en la teleología de lo nacional, forjar un destino para Cuba; el autor de *Historia y estilo*, a quien la literatura de los origenistas le resulta oscura –insiste mucho en los “no comprendo”– y por tanto no le parece útil a nivel social, fiel a su juventud minorista, sobrevalora el papel de la *Revista de Avance* en el plano social y sobre todo, considera que la actividad pública es imprescindible para el intelectual. El creador de *Muerte de Narciso* tiende a la introspección:

“Pero de esa soledad y de esa lucha con la espantosa realidad de las circunstancias, surgió en la sangre de todos nosotros, la idea obsesionante de que podíamos al avanzar en el misterio de nuestras expresiones poéticas trazar, dentro de las desventuras rodeantes, un nuevo y viejo diálogo entre el hombre que penetra y la tierra que se le hace transparente.”<sup>25</sup>

Mañach comienza su réplica por el aspecto más sensible : el ético. No cree que las labores que en el terreno de la política, la animación cultural, el periodismo, sean la negación de una pureza intelectual, pues eso mismo hicieron en su tiempo Bello, Sarmiento, Alberdi, Hostos, Martí, Varona. Frente a los “poetas, o ensayistas químicamente puros” él opone la condición del intelectual inmerso en los deberes públicos :

“Esa es la gran tradición del intelectual americano : responder al menester público, no sustraerse a él ; vivir en la historia, no al margen de ella. En los países ya muy granados y maduros, es perfectamente justificable que el escritor se consagre enteramente a sus tareas creadoras como tal, porque la conciencia moral e histórica de que está asistido, y aún la estética, encuentra en torno suyo un ámbito de suficiente respeto y servicio a los valores espirituales, y gente lo bastante



s e

# g m e n t o

numerosa, en la política o en el periodismo, para sustentar esos valores. Pero los pueblos todavía en formación reclaman y esperan demasiado de sus hombres de espíritu para que estos le vuelvan soberbia o tímidamente las espaldas.”<sup>26</sup>

Nada delicado en su respuesta, alude a posiciones como la de Lezama como “purezas altivas” y “ascetismos cómodos” y contrapone a ellas su propia vocación de servicio: “yo creo que el primer deber de un hombre de espíritu es luchar porque el espíritu efectivamente reine en el ámbito donde el destino le situó”.

En el último artículo de la polémica: “Final sobre la comunicación poética” que vio la luz en *Bohemia* el 23 de octubre de ese año, Mañach volvió por sus fueros. El artículo está marcado por su preocupación acerca del papel que la poesía puede desempeñar dentro de la sociedad cubana. Justifica así su insistencia en el tema :

“Huelga decir que la cosa tiene cierta importancia cubana. No trascendemos mucho al exterior, o a la His-

**EN LA MÁS  
ABIERTA SOCIEDAD,  
NINGÚN INDIVIDUO  
GOZA DE TANTO RESPETO  
Y PRESTIGIO  
COMO EL HOMBRE SABIO;  
ASÍ TAMBIÉN,  
A NINGÚN PUEBLO  
LE PROTEGE TANTO  
LA CONCIENCIA  
INTERNACIONAL  
COMO A AQUEL  
QUE HA SABIDO HACER  
DE SÍ MISMO  
UN FOCO INDISPENSABLE  
DE SUPERIOR CULTURA.”**

toria, por nuestros episodios políticos, sino por la cultura.(...) Que se cultive en Cuba poesía buena es cosa tan importante, por lo menos, como el que la Nación esté bien gobernada y, desde luego, mucho más importante que la fortuna, próspera o adversa, de tal o cual bandera o renglón administrativo.”<sup>27</sup>

Hay que decir que Mañach defendió siempre esta participación pública del intelectual y la padeció hasta sus últimas consecuencias. Se ha dicho que no fue un político profesional, ni un líder carismático, esto redujo el alcance inmediato de su gestión en la cosa pública, pero es innegable que a largo plazo dejó una imagen positiva de lo que podía una figura prestigiosa hacer con los espacios oficiales que ofrecía la República. También se le ha criticado excesivamente por su concepción de que son las minorías selectas las que cambian el destino de un país, pero hay que decir que estas minorías no son aristocracias de la sangre ni del dinero, sino el conjunto de hombres de ciencia, pensadores, creadores que con un ideal común engrandecen la cultura de una nación, forman lo que el llamó “la alta cultura” y en ese selecto grupo podía estar un hombre como Mañach y otro no menos grande, aunque muy diverso en su proyección como Lezama.

La obra de este pensador tiene una coherencia asombrosa: *La crisis de la alta cultura...*, *Indagación del choteo*, *Historia y estilo*, sus conferencias de los años 50 al 52 en la Universidad del Aire. Uno de los elementos que contribuyen decisivamente a esta unidad es la noción de que la cultura no es pura erudición, sino que gana su sentido fundamental a través de la ética y precisamente, su preocupación por el estado de la cultura cubana tiene que ver sobre todo con el estado ético del país. En 1952, sólo unos días después

del golpe de estado de Batista, el escritor dictaba en la Universidad del Aire dentro del *Curso del Cincuentenario*, la conferencia “La cultura en los 50 años de independencia”, en ella señalaba que: “El *ethos* hispánico enraizado en la pasión, en el honor y en cierto sentido estoico de la vida, se ha agitado mucho entre nosotros por el clima y otras influencias. El acento psicológico cayó aquí en la levedad y el sensualismo”<sup>28</sup>. Según el autor, dos influencias perniciosas tuvo la moral pública: la copia del utilitarismo codicioso, proveniente de Norteamérica, sin el freno que allá le pone su fondo puritano y por otra parte “la prosperidad material mal administrada”. Las consecuencias se hicieron visibles enseguida: “La solemnidad jubilosa del estreno de la República fue cediendo a la frivolidad y al choteo. Hicieron las costumbres cada vez más descuelladas o más vulgares, desde los salones a los paseos de carnaval. Hasta la vieja cortesía criolla entró en crisis”<sup>29</sup>. Esto se agravó por el estado de la moral privada:

“En el orden de la moral privada, las normas éticas tradicionales del decoro personal y familiar se vieron crecientemente amenazadas por el ansia de enriquecimiento, el hedonismo y el desenfreno en los divorcios. Comenzó a producirse así el fenómeno central de la disolución ética: la quiebra de la *integridad*, de la cohesión entre la conducta y los principios. Sobre la conciencia triunfaba la conveniencia y sobre el ser el tener...”<sup>30</sup>

De ahí su conclusión definitiva: “El gran problema de Cuba era, pues, asegurar la integridad de la vida ciudadana sobre la base de la integridad en la conciencia individual”.<sup>31</sup>

Según él, este aspecto se agravó tras la revolución antimachadista: se puso más énfasis en los derechos ciudadanos que en los deberes, del espíritu revolucionario se pasó al desenfreno y al peculado. Esto trajo como consecuencia la nueva quiebra del orden democrático, de existencia tan frágil y en clara alusión a los sucesos recientes:

“El poder sin moral carece de resistencia: está “desmoralizado”. Pero los que asaltan el poder cuando hay otras vías de rectificarlo, los que se imponen por los recursos primarios de la deslealtad y de la fuerza física, no son menos culpables. Si empiezan por faltar a la moral de su propio cuerpo, ya se pondrá lo que puedan contribuir a la moral social. Las distintas formas de conducta que aprueban esa usurpación, acusan por igual el descenso en la conciencia cívica. La acusan los aduladores menguados, los hombres tenidos por íntegros que se agrietan ante la tentación, los intelectuales que abdican de los principios en los momentos en que más urge defenderlos; y también el ciudadano indiferente, o el que cree que lo que importa es sólo que hay orden, aunque sea un orden sin paz moral y sin libertad”.<sup>32</sup>

Para poner remedio a estas cosas, para que Cuba encontrara el rumbo a más noble destino, reclamaba el pensador “que cada cubano recaude en sí mismo todas sus reservas de energía y las haga valer hasta el heroísmo si es preciso.”<sup>33</sup> La respuesta oficial no se hizo esperar: la Universidad del Aire fue brutalmente clausurada. Quedaban sólo nueve años de vida al intelectual y los viviría en el ansia por elevar al país de ese estado de ramplonería y exaltación de la fuerza bruta, sus propuestas políticas no cuajaron, sus llamados éticos fueron una *vox clamantis in deserto*.

Hace dos años se cumplieron cien de su natalicio, pocos lo conmemoraron – esta vez la Iglesia, a través de la Casa Laical, apoyada por algunos intelectuales, fue la feliz y casi única excepción– sin embargo, urge revisar el pensamiento Mañach, tan profético y doloroso en su actualidad; a él podría aplicarse la misteriosa imagen del libro apocalíptico: ese que es dulce al paladar, pero al comerlo amarga las entrañas. No puede leerse, interpretarse, vivirse la cultura cubana sin tener en cuenta los aportes de esta figura que sigue hablándonos desde su presencia trascendente. ¿Qué nos dice? Lo mismo que en 1950 advirtió a los oyentes de su conferencia “Ima-

gen de un destino nacional” y que vale la pena citar *in extenso* para concluir:

“Hoy todos estamos desmoralizados por la misma tenuidad y provisionalidad constante de lo que nos rodea. No nos sentimos estimulados por el medio para hacer otra cosa que vivir lo mejor que podamos nuestras vidas individuales, y naturalmente, las vivimos casi todos bastante mal, sin entusiasmo y sin heroísmo. Hemos perdido así el sentido de la posteridad, de la trascendencia, y cerramos los ojos de la imaginación para no representarnos la Cuba que han de vivir nuestros hijos.

Lo que hay que hacer es *querer* esa Cuba mejor, si es que los queremos de veras a ellos. Quererla en nuestra imaginación, con todos nuestros desvelos, con todos nuestros fervores, con toda nuestra voluntad. Trabajar en cada momento, cada cual desde lo suyo, por esa Cuba mejor. No limitarnos al poco más o menos, ni al ir tirando, ni al ir consintiendo. No cultivar más las indiferencias menguadas y los pequeños cinismos, arguyendo cobardemente que esto no hay quien lo remedie. Ser cada uno de nosotros una irradiación viva de la inconformidad y de crítica, sí, pero alimentada siempre por la fe última en nuestro destino. La fe mueve montañas porque al sustentar en los hombres el sentido de la trascendencia, sobrenatural o terrena, les da confianza para ser mejores. Cuba está necesitada de ese entusiasmo trascendente. Cuando todos nos pongamos en ese estado de ánimo, al cual nos autorizan los grandes momentos y el curso general de nuestra propia historia, nos estimularemos los unos a los otros para querer más y mejor; insensiblemente iremos superando la elementalidad y provisionalidad a que hoy nos resignamos, y la Cuba que entre todos ire-

mos haciendo se parecerá cada vez más a la Cuba soñada desde el amanecer de nuestra vocación nacional, a esa imagen fúlgida que todos llevamos en el corazón, como la bandera centenaria lleva la estrella en el seno de su triángulo rojo”.<sup>34</sup> ■

#### NOTAS:

1 Jorge Mañach: “Imagen de un destino nacional”. En: *Cuadernos de la Universidad del Aire*. Tercer Curso. No.19, julio,1950, p. 88

2 Jorge Mañach: “La crisis de la alta cultura en Cuba”. En: *Ensayos*. La Habana, Ed. Letras Cubanas,1999, p.7

3 Ibid.

4 Ibid, p.8.

5 Ibid.

6 Ibid, p.9.

7 Ibid, p.11.

8 Ibid, p.14

9 Ibid, p.15.

10 Ibid

11 Ibid, p.20

12 Ibid, p.16

13 Ibid, p.31

14 Ibid, p.34.

15 Jorge Mañach: “Indagación del choteo”. En: *Ensayos*. Ed. cit., p.51

16 Ibid.

17 Ibid, p.67

18 Ibid, p.69.

19 Ibid, p.74.

20 Ibid, p.76.

21 Ibid, p.83.

22 Jorge Mañach: “La nación y la formación histórica”. En: *Ensayos*. Ed. cit., p.128

23 Ibid, p.129.

24 Ibid, p.130.

25 José Lezama Lima: “Respuestas y nuevas interrogaciones. Carta abierta a Jorge Mañach”. *Bohemia*, 2 octubre, 1949, p.77.

26 Jorge Mañach: “Reacciones sobre un diálogo literario. Algo más sobre poesía vieja y nueva”. *Bohemia*, 16 de octubre de 1949, p.63.

27 Jorge Mañach: “Final sobre la comunicación poética”, *Bohemia*, 23 octubre, 1949, p.56.

28 Jorge Mañach: “La cultura en los 50 años de independencia”. En: *Cuadernos de la Universidad del Aire*, no. 41, abril,1952, p.382.

29 Ibid, p.383

30 Ibid.

31 Ibid.

32 Ibid, p.384.

33 Ibid, p.385.

34 Jorge Mañach: “Imagen de un destino nacional”. En: *Cuadernos de la Universidad del Aire*, no.19, julio, 1950, p.90.

